

Discurso Premio Juan Luis Londoño

Muy buenas noches a todos. Es para mi un enorme placer estar hoy en esta ceremonia en representación del jurado: Roberto Angulo, Leopoldo Fergusson y Sandra García. La ceremonia del Premio Juan Luis Londoño es un “ritual” que nos convoca cada dos años. Es un homenaje a su memoria y a las muchas contribuciones que hizo a lo largo de su vida. Es un reconocimiento a economistas jóvenes que, desde su esquina, contribuyen a construir un mejor país a través de la investigación y la política pública. Es, en memoria de Juan Luis, un momento para el optimismo, para reconocer que las acciones de cada individuo tienen impacto y para recordarnos que la suma colectiva de esas acciones promueve cambios graduales en un país tan complejo como Colombia.

El jurado, por decisión unánime, decidió otorgar el Premio Juan Luis Londoño en su octava versión a Santiago Tobón, profesor de la Escuela de Economía y Finanzas de EAFIT, y dar una muy merecida mención de honor a Ana María Prieto, Subdirectora de la Unidad de Regulación Financiera del Ministerio de Hacienda.

Las investigaciones de Santiago Tobón contribuyen a entender dos fenómenos que son obstáculos importantes para el desarrollo de Colombia y cuya solución ha sido esquiva, pese a avances importantes a lo largo de las décadas: el crimen y el narcotráfico. Sus estudios son reflejo de una “obsesión” perseverante que es su hilo conductor: estudiar qué intervenciones son efectivas para reducir la violencia, controlar el crimen y debilitar el narcotráfico. Y muchas de las conclusiones son contraintuitivas, mostrando así que investigar, probar hipótesis con métodos rigurosos y con

amplitud mental para incorporar diferentes disciplinas y diseminar los resultados de estas investigaciones son herramientas poderosas, no solo en el proceso de construcción del conocimiento, sino en el diseño y puesta en marcha de políticas públicas.

Quiero resaltar primero dos estudios de Santiago sobre la cadena de narcotráfico, desde los cultivos ilícitos hasta el microtráfico. En un primer artículo con Jesse D'Anjou y Juan Carlos Muñoz estudia cómo la política de formalización de tierras puede moldear las decisiones de los productores de cultivos ilícitos. Los resultados del estudio son contundentes: formalizar la tierra reduce la producción de cultivos ilícitos. ¿Por qué? Por dos razones importantes: una de zanahoria y otra de garrote. Los títulos formales de propiedad abren la puerta para el acceso al crédito y otros programas del Estado. Los beneficios de estar en la legalidad son por tanto más altos cuando se tiene propiedad formal de la tierra. La propiedad formal, además, aumenta significativamente el costo de las sanciones por la producción de cultivos ilícitos. Puede llevar a la confiscación de la tierra. Santiago y sus colegas estiman que formalizar una hectárea reduce la producción de coca en 1.4 hectáreas. Comparar esta cifra con la efectividad de la aspersión nos da una idea de su efectividad. Un estudio de Daniel Mejia, Pascual Restrepo y Sandra Roza encuentra que, para reducir una hectárea de coca con aspersión, se deben asperjar 33 hectáreas. En un país con una alta informalidad de la tierra, unos programas masivos de formalización podrían reducir la producción de cultivos ilícitos.

En el otro espectro de la cadena criminal del narcotráfico están las organizaciones criminales de los barrios, o *combos* en Medellín, que participan en las actividades de microtráfico. Un proyecto fascinante con Chris Blattman estudia las estructuras de gobierno que imponen los *combos* en Medellín en los barrios que operan que incluye entre otros la provisión servicios sociales y públicos, como por ejemplo seguridad. Esto, como se pueden imaginar no lo hacen por altruismo. Es una estrategia para protegerse y proteger el negocio del microtráfico. Al proveer seguridad y otros servicios, evitan que la población solicite la presencia de la policía y generan lealtad hacia ellos. La recomendación de política más común, que muchos hemos propuesto, sería profundizar la presencia del Estado para combatir estas organizaciones. Y de nuevo los resultados del trabajo nos muestran que las soluciones rápidas y más intuitivas no siempre son las mejores. En una intervención experimental que diseñaron y aplicaron para llevar el Estado a los barrios encontraron que sucedió algo inesperado: aumentó “el gobierno” de los *combos* criminales. Para proteger su negocio, debilitan al Estado a través de una competencia de provisión de servicios. No doy más detalles pues estoy segura que Chris profundizará en esto. Espero además con ansias un estudio similar que Santiago está haciendo en Brasil.

Este estudio evidencia muchos de los talentos de Santiago: el rigor, la perseverancia y capacidad de sacar adelante proyectos difíciles así como el compromiso con el trabajo interdisciplinario. Ver la foto de Santiago hablando en el trabajo de campo con los jefes de una de estas organizaciones criminales me produjo

escalofríos y una profunda admiración por su trabajo. La foto contrastaba la pasión del trabajo académico con la dureza de vivir en un país en medio de la violencia y el conflicto.

La academia en Colombia tiene una obsesión, muy bien fundada además, por estudiar el conflicto y el crimen. En la economía, Juan Luis Londoño fue pionero al aplicar modelos epidemiológicos para identificar posibles determinantes del crimen en América Latina, al examinar el rol de la desigualdad y explorar los vínculos entre capital social y violencia.

Otro grupo de estudios de Santiago ponen la lupa en la política criminal y el sistema judicial. Estos también dan luces de las formas más efectivas de reducir el crimen y nos obligan a salirnos de las recomendaciones facilistas de política que muchas veces ignoran las complejidades propias de cada contexto.

En dos artículos con varios coautores evalúan el impacto de desplegar fuerza policial en puntos calientes de crimen en Bogotá y Medellín, es decir en las cuadras con mayores niveles de criminalidad. Los estudios muestran sorprendentemente que la política redujo el crimen en Medellín y no lo hizo en Bogotá. En Medellín mejoró la percepción de seguridad de la ciudadanía y redujo el robo de carros. Sin embargo, no tuvo efectos sobre otros crímenes o sobre la satisfacción de la ciudadanía frente a los servicios de la policía. Además, su efecto no fue tan alto como en ciudades de países desarrollados donde se ha implementado con más éxito. En Bogotá, la intervención disminuyó un poco el crimen en las cuadras donde se desplegó la presencia del Estado, pero el crimen se trasladó a otras cuadras y por lo tanto no hubo

caída en el crimen agregado. Una primera lección pareciera ser que el contexto importa y mucho.

Los dos trabajos siguientes evidencian que programas para transformar el comportamiento de los criminales pueden ser bastante exitosos. En un artículo con otros colegas evalúan el impacto de instalar cámaras de seguridad en la ciudad de Medellín sobre las actividades criminales y los arrestos. La instalación de cámaras reduce el crimen, tanto de propiedad como violento, en un 19%. Esta caída se da pese que los arrestos no cambian. Es decir, la instalación de cámaras no significó mayores arrestos pese a que el sistema judicial contaba con la mayor y mejor evidencia para hacerlo. Los criminales, por su parte, sí modificaron su comportamiento. Las cámaras de seguridad parecen haber disuadido a los criminales de cometer crímenes.

Entender cómo deciden las personas, sus motivaciones, sus cálculos de riesgo y sus objetivos es crucial cuando se diseñan políticas públicas.

El último estudio que quiero mencionar se adentra también a estudiar las decisiones de los individuos, en este caso de los presos una vez son puestos en libertad. Santiago explora el impacto de una mejora en los servicios carcelarios sobre la reincidencia. Aprovecha la expansión de cárceles que se dio en Colombia como respuesta a una sentencia de la Corte Constitucional. La inversión en nuevas cárceles a mediados de los noventa redujo el hacinamiento y expandió el acceso a programas de rehabilitación. Esta inversión permitió a Santiago comparar cárceles con diferentes niveles de calidad. Los resultados son realmente impresionantes: la probabilidad de reincidencia para

los presidiarios que estuvieron reclusos en las nuevas cárceles fue en promedio un 36% más baja. Es una cifra importante. ¿Qué mecanismos explican esta caída? En las cárceles antiguas, el hacinamiento promueve una interacción más cercana que fortalece el capital criminal de los presos y no su capital humano para emprender actividades legales. Los programas de rehabilitación más estructurados y mejor diseñados de las nuevas cárceles contribuyeron también a reducir la reincidencia.

Juan Luis Londoño, al igual que Santiago, estudió en EAFIT. En esa época, sin embargo, no existía el programa de economía. Estudiaba administración, pues su padre consideraba que la economía tenía poco uso. Pero su pasión era la economía. Se inscribió entonces en economía en la Universidad de Antioquia e hizo dos carreras en paralelo gracias a su genialidad y a una moto que le regalaron. Santiago ahora hace parte de la Escuela de Economía y Finanzas, en el programa de economía. Está construyendo con sus colegas un programa de economía sólido, con profesores de primera línea y con investigación rigurosas, de la cual Juan Luis estaría seguramente muy orgulloso. En palabras de María Zulema, su compañera de vida, EAFIT fue una parte integral de su formación como ser humano. Allá aprendió el sentido de pertenencia, el valor de ser gregario y contar con una red amigos extensa y solidaria, muchos de los cuales seguramente nos están acompañando hoy.

El jurado decidió otorgar una muy merecida mención de honor a Ana María Prieto por su contribución en el diseño y puesta en marcha del programa Ingreso Solidario. Las consecuencias de la pandemia son aún incalculables: muertes tempranas, tasas de

desempleo que en un momento alcanzaron más del 20%, niños sin asistir al colegio por el cierre absurdo que aún perdura y mayor pobreza. Los impactos de todo esto sobre la desigualdad aún no se pueden dimensionar, pero podemos anticipar que serán significativos. Juan Luis Londoño era un convencido de la importancia de la acción del Estado para mejorar las condiciones de vida de la gente y su papel en la redistribución del ingreso. De hecho, su huella está en el sistema de salud actual -- que ha sido crucial para atender los efectos en salud de la pandemia y para poner en marcha el programa de vacunación -- o en nuestro sistema de protección social de Colombia.

El trabajo de Ana María Prieto desde el Ministerio de Hacienda pone una piedra más en la construcción colectiva que es la política pública y una piedra importante para soportar las columnas que la sostiene. El programa Ingreso Solidario creó unas transferencias que se focalizaron a los hogares pobres extremos, pobres y vulnerables de Colombia que no estaba en los registros de otros programas del Estado y, por ende, no recibían transferencias antes del COVID. La labor fue titánica y en un tiempo récord. Primero, el Departamento Nacional de Planeación encontró las personas que no estaban cubiertas por programas del gobierno y conformaron una base maestra para canalizar las transferencias. El Ministerio de Hacienda, bajo la coordinación de Ana María, diseñó los componentes para impulsar el uso de nuevas formas que canalicen las transferencias. Conformaron una plataforma de pagos con 22 entidades financieras complementados con giros postales. Antes de esto sólo se usaban dos. Esta estrategia permitió ampliar la cobertura de transferencias monetarias en Colombia a aproximadamente 3 millones de hogares.

Termino como inicié. Esta ceremonia para recordar cada dos años a Juan Luis Londoño y ser testigo de los logros de profesionales serios, comprometidos con el país y con un potencial de crecimiento enorme me llena de alegría y optimismo, algo que necesitamos en este momento difícil por el que todos estamos atravesando. Ana María, Santiago y querida audiencia los dejo con una declaración de Juan Luis Londoño que los refleja a ustedes dos.

“Yo tengo una voluntad de servicio enorme, y esta es mi única aspiración: tratar de hacer las cosas bien. Tal vez esa es una posición muy cristiana y muy ingenua, pero me parece que este país necesita gente que se dedique a hacer las cosas bien. Esa es mi vida, en el fondo.”